El turno de noche de Dios

Abraham Cordero

I

La primera noche, Andrés creyó que la habitación formaba parte de alguna sección antigua del hospital cuya existencia se había omitido durante la visita de bienvenida. Llevaba apenas tres días trabajando como celador y todavía encontraba puertas que conducían a lugares inesperados, desde vestuarios clausurados hasta pequeñas salas donde se acumulaban colchones con manchas de dudosa procedencia. El edificio había crecido durante décadas sin un proyecto claro, añadiendo plantas, pasillos y pabellones a medida que el crecimiento de la ciudad lo exigía. Era razonable que alguna habitación hubiese quedado fuera de los planos.

Aparecía al final del corredor de Medicina Interna, después de la 618, en el espacio donde durante el día había visto una pared cubierta por un mural de peces. Andrés recordaba aquel mural porque uno de los peces tenía una expresión vagamente humana y una grieta atravesaba su ojo izquierdo. Al llegar con el carro de ropa limpia, poco después de las dos de la madrugada, encontró en su lugar una puerta gris. Sobre ella había una placa metálica sin número.

Clara, la enfermera de mayor edad del turno, lo esperaba junto a la cama.

—Tenemos que cambiarlo de postura —dijo—. Lleva demasiado tiempo boca arriba.

No parecía sorprendida por la habitación. Vestía el mismo uniforme que había llevado durante toda la noche, aunque dentro de la estancia su rostro adquiría una palidez distinta, como si la luz procediese del suelo. Andrés dejó el carro fuera y se acercó.

El paciente era un hombre de edad difícil de determinar. A primera vista parecía anciano, pero al observarlo con mayor atención resultaba imposible encontrar en él los signos habituales de la vejez. No tenía arrugas profundas, manchas ni flacidez. Tampoco conservaba la firmeza de un cuerpo joven. Su piel presentaba una cualidad intermedia, semejante a la de algo que hubiese envejecido sin haber realmente vivido. Los brazos descansaban sobre la sábana y las manos, demasiado grandes en comparación con las muñecas, permanecían abiertas.

—¿Cómo se llama? —preguntó Andrés.

Clara miró la cabecera.

No había historia clínica, sólo un vaso de agua, una palangana y una hoja doblada por la mitad.

—Nunca le llamamos por su nombre —respondió.

—¿Por qué?

—Porque no sabemos cuál es.

Andrés pensó que se trataba de un indigente sin documentación. Había visto casos parecidos durante sus prácticas: personas encontradas inconscientes en la calle, extranjeros sin tarjeta sanitaria, ancianos incapaces de recordar su nombre... Aun así, algo en la respuesta de Clara le produjo una incomodidad difícil de justificar.

—¿Qué diagnóstico tiene?

—Todos los que quieras y ninguno que podamos tratar.

—Eso facilita bastante el trabajo.

Clara sonrió.

—Ya verás que no.

Retiraron la sábana. El cuerpo estaba desnudo, salvo por una gasa que cubría la parte inferior del abdomen. Andrés esperaba encontrar úlceras, heridas o alguna señal de una enfermedad avanzada. En cambio, la piel aparecía intacta. Era una superficie blanquecina, limpia, casi indiferente al cuerpo que envolvía.

—Parece estar bien —dijo.

—Por eso hay que moverlo.

Clara se colocó al otro lado de la cama. Andrés pasó una mano bajo el hombro del paciente y otra bajo su cadera. El cuerpo pesaba más de lo que correspondía a su volumen. Durante unos segundos creyó que la cama se encontraba atornillada al suelo o que algo sujetaba al hombre desde debajo del colchón. Clara contó hasta tres y ambos tiraron.

El paciente se movió.

De su espalda llegó un sonido húmedo, semejante al de una venda arrancada de una herida. Andrés sintió que algo cedía en el interior del cuerpo, aunque la piel permaneció cerrada. Cuando lograron dejarlo de costado, el hombre abrió los ojos.

Miró fijamente a Andrés.

Sus pupilas eran oscuras y completamente normales, pero aquella normalidad resultaba más inquietante que cualquier deformidad. Andrés tuvo la impresión de que los ojos llevaban mucho tiempo abiertos en otra parte y acababan de coincidir, por accidente, con los que tenía delante.

—Buenas noches —dijo Clara.

El paciente no respondió.

—¿Está consciente?

—A veces.

—¿Y durante el día?

Clara tardó en contestar.

—Durante el día no está.

Andrés pensó que se refería a una alteración del nivel de conciencia, quizá a algún ciclo de sueño provocado por la medicación. Iba a preguntar de nuevo cuando el hombre cerró los ojos y la habitación pareció perder profundidad. La pared situada detrás de la cama se acercó unos centímetros y el techo descendió. Andrés sintió una presión leve en los tímpanos.

Clara colocó una almohada bajo la espalda del paciente y alisó las sábanas.

—A las cuatro habrá que lavarlo.

—¿No hay auxiliar?

—Esta noche nos toca a nosotros.

—¿Y las otras noches?

—También.

Clara salió de la habitación. Antes de seguirla, Andrés tomó la hoja doblada de la cabecera. Sólo contenía una frase escrita a mano:

Mantener hasta nuevo aviso.

Debajo había una fecha. Parecía 1974, aunque el primer número podía ser un uno mal trazado o la prolongación de alguna letra borrada.

—¿Quién ha firmado esto?

Clara se encontraba ya en el corredor.

—Nadie que siga trabajando aquí.

La puerta se cerró a espaldas de Andrés.

El mural de los peces reapareció durante la mañana. Andrés lo comprobó poco antes de terminar su turno. La grieta continuaba atravesando el ojo del pez, y el espacio donde había estado la habitación no mostraba ninguna irregularidad. Golpeó la pared con los nudillos. Sonaba maciza.

Cuando preguntó a Clara por el paciente, ella frunció el ceño.

—¿Qué paciente?

Andrés señaló el mural.

—El de la habitación que estaba aquí.

Clara observó los peces y luego lo miró a él, desconcertada.

—Ahí nunca ha habido una habitación.

II

Durante el día intentó convencerse de que había confundido el corredor. El hospital poseía seis plantas casi idénticas y la falta de sueño podía haber alterado su orientación. Tal vez la habitación pertenecía a Neurología, o a la antigua zona de aislamiento, o a alguna dependencia situada entre dos pabellones. El recuerdo de Clara inclinada sobre la cama era demasiado preciso para atribuirlo a un sueño, pero también lo son algunos sueños cuando todavía no han empezado a deshacerse.

Regresó esa noche con la intención de verificar cada número.

Las habitaciones se sucedían con normalidad: 611, 612, 613. En la 614 había un hombre con insuficiencia respiratoria que insultaba a todo aquel que se acercaba. En la 615 dormían dos ancianas separadas por una cortina. La 616 permanecía vacía. La 617 albergaba a una mujer que no dejaba de preguntar si su hija había llegado. En la 618, un paciente con cáncer pancreático respiraba con un sonido tan fino que parecía proceder de algún aparato olvidado bajo la cama.

Después estaba la puerta gris.

Clara salió de ella cargando la palangana.

—Llegas tarde.

Andrés miró su reloj.

—Son las doce y veinte.

—Ya lleva aquí horas.

—Ayer me dijiste que durante el día no estaba.

—¿Yo?

—Sí.

Clara pensó unos segundos.

—Puede ser.

—Esta mañana no recordabas nada.

—Por la mañana tengo otras cosas en la cabeza.

Andrés comprendió que insistir no serviría de mucho. Entró.

El paciente permanecía en la misma postura en que lo habían dejado. Los ojos cerrados, las manos abiertas, el rostro sin una edad definida. Al aproximarse, Andrés percibió un olor suave. No era desagradable. Le recordó el dormitorio de su madre durante las últimas semanas de su enfermedad, cuando abrían las ventanas incluso en invierno para disipar la mezcla de medicamentos, sudor y flores enviadas por familiares que no se atrevían a visitarla.

—¿Ha venido algún médico? —preguntó.

Clara dejó la palangana sobre una silla.

—Vienen de vez en cuando.

—¿Quién lleva el caso?

—El que esté de guardia.

—¿Y qué dicen?

—Lo mismo que todos: que habrá que observar la evolución.

—¿Desde 1974?

—Los médicos son prudentes.

Comenzaron a lavarlo. Clara humedeció una esponja y la pasó por el pecho. Andrés sostuvo el cuerpo para impedir que se deslizara. Bajo su mano, la piel tenía una temperatura extraña: estaba fría en la superficie y cálida unos milímetros más adentro. La sensación era parecida a la de tocar una ventana tras la cual hubiese una habitación caldeada.

—¿Come? —preguntó.

—No.

—¿Bebe?

—A veces le mojamos los labios.

—¿Orina?

—No.

—Entonces no entiendo qué estamos manteniendo.

Clara exprimió la esponja.

—No eres el primero que lo pregunta.

El agua cayó sobre la palangana. Era transparente, aunque durante unos segundos Andrés creyó distinguir en ella una sombra que no correspondía al reflejo de ninguno de los presentes.

A la una y cuarto sonó el timbre de la 618.

El paciente con cáncer se había incorporado y trataba de arrancarse la vía. Respiraba con dificultad, sacudiendo todo el cuerpo con cada inspiración. Clara pidió a Andrés que lo ayudara a tumbarse. El hombre se resistió.

—Quiero verlo —dijo.

—¿A quién? —preguntó Andrés.

El paciente señaló el final del corredor.

—Al que está esperando.

Clara y Andrés intercambiaron una mirada. La enfermera suspiró y colocó una silla de ruedas junto a la cama.

—Cinco minutos —dijo—. Si se muere por el camino, el informe lo escribes tú.

Trasladaron al hombre hasta la habitación gris. El paciente desconocido seguía acostado de lado. Cuando entraron, abrió los ojos.

El enfermo de cáncer extendió una mano. Andrés creyó que iba a rezar o a pedir algún tipo de bendición. Se limitó a apoyar los dedos sobre la muñeca del hombre tendido.

Su respiración se calmó, pero no de forma gradual, el ruido cesó con una brusquedad que hizo pensar a Andrés que había muerto. Se inclinó para comprobarlo, pero el hombre continuaba consciente. Su pecho se elevaba sin esfuerzo.

—Ya está —murmuró.

—¿Qué está? —preguntó Clara.

El paciente sonrió.

—No era mío.

Nadie preguntó a qué se refería.

Lo devolvieron a su habitación. Murió antes del amanecer, dormido y sin dolor. Clara comentó que, dadas las circunstancias, había tenido suerte. El médico de guardia firmó el certificado y la hija del fallecido llegó una hora después, todavía con el abrigo puesto. Estuvo un rato llorando en silencio junto a la cama.

Cuando Andrés regresó a la habitación gris, descubrió que el paciente respiraba con el mismo silbido que había acompañado al muerto durante toda la noche.

El sonido surgía de ambos pulmones, pero el pecho apenas se movía. Clara auscultó al hombre y frunció el ceño.

—Tiene derrame pleural.

—Hace dos horas estaba bien.

—Nunca está bien.

—El otro paciente ha dejado de respirar así después de tocarlo.

—Eso ocurre.

—¿Qué ocurre?

Clara guardó el fonendoscopio.

—Que algunas personas descansan.

—¿Y él?

La enfermera observó al hombre tendido.

—Él tiene tiempo.

A las siete, la puerta volvió a desaparecer.

Durante el relevo, Andrés encontró a Clara explicando la muerte del paciente de la 618 a la enfermera del turno de mañana. Hablaba de la evolución natural de la enfermedad, de la analgesia administrada y de la ausencia de complicaciones. No mencionó la silla de ruedas ni la habitación.

Andrés esperó a que terminaran.

—¿Cómo está el otro? —preguntó.

Clara volvió a mirarlo con la misma confusión del día anterior.

—¿Qué otro?

Esta vez Andrés no insistió.

III

Las noches siguientes comenzaron a ordenarse alrededor del paciente.

Andrés cumplía sus tareas habituales: trasladaba enfermos a Radiología, llevaba muestras al laboratorio, ayudaba a cambiar pañales cuando faltaban auxiliares, acompañaba a los muertos hasta el depósito. Entretanto, calculaba cuánto faltaba para que apareciese la puerta. A veces ya estaba allí cuando llegaba. En otras ocasiones surgía mientras él recorría el corredor, ocupando sin transición el lugar del mural.

Los trabajadores del turno nocturno conocían al hombre. Cada uno lo trataba de un modo distinto. Clara le hablaba mientras lo lavaba, explicándole pequeñas cosas del hospital: quién se había jubilado, qué máquina se había averiado, qué paciente había conseguido por fin una plaza en una residencia. Raúl, el médico de guardia, evitaba entrar en la habitación y firmaba desde el pasillo las

escasas indicaciones que le pedían. Una auxiliar llamada Natalia se santiguaba antes de tocarlo, aunque después hacía bromas sobre su aspecto.

—Tiene buena piel —dijo una noche—. Mejor que la mía y lleva ingresado desde antes de que yo naciera. A ver si el secreto va a ser no comer la comida del hospital.

—¿Sabes quién es? —preguntó Andrés.

Natalia se encogió de hombros.

—Un paciente.

—No tiene nombre.

—La mitad tampoco lo conserva mucho tiempo. A algunos les llamas por su nombre y te miran como si estuvieses insultando a otra persona.

Al amanecer, todos lo olvidaban.

Andrés comprobó que el olvido se extendía incluso a sus propias acciones. Las hojas en las que apuntaban los cambios de postura aparecían en blanco. Los apósitos usados desaparecían de los contenedores. Si tomaba una fotografía de la puerta, la imagen mostraba el mural de los peces. Una noche guardó en el bolsillo la hoja donde estaba escrita la orden de mantener al paciente. Al salir del hospital encontró un trozo de papel húmedo sin ninguna inscripción.

Comenzó a dormir mal. Despertaba varias veces durante el día con la impresión de haber oído el silbido del hombre dentro de su dormitorio. Al levantarse, la sensación desaparecía y la materia recuperaba su habitual indiferencia: la mesa era una mesa, la ventana daba al patio interior, el vaso de agua no contenía nada salvo agua.

Andrés se consideraba creyente, aunque llevaba más de quince años sin asistir a misa. Conservaba una confianza imprecisa en la existencia de Dios, comparable a la certeza de que había países en los que nunca estaría o parientes remotos cuyos nombres apenas recordaba. Dios formaba parte de la estructura general del mundo sin intervenir de manera apreciable en su vida. De niño había rezado con frecuencia. Después aprendió que era posible creer sin dirigirse a nadie, del mismo modo que se acepta la existencia del océano sin necesidad de visitarlo.

El paciente alteró esa distancia.

Durante las primeras semanas, Andrés evitó atribuirle una naturaleza concreta. Consideraba ridículo que un ser divino pudiera estar acostado en una cama de hospital, sometido a cambios de postura y lavados diarios. Le parecía todavía más ridículo que su custodia dependiese de trabajadores con contratos temporales. La realidad, sin embargo, pensó, no tenía obligación alguna de respetar sus ideas sobre la dignidad de Dios.

Una noche encontró una pequeña lesión en la espalda del hombre. Medía poco más de dos centímetros y tenía el color oscuro de una úlcera incipiente. Clara pidió un apósito.

—¿No se supone que lo movemos para evitar esto?

—Se supone.

—Habrá que avisar al médico.

—Ya lo sabe.

Raúl entró a regañadientes. Examinó la herida, tomó una muestra y pidió una analítica. Andrés lo acompañó hasta el laboratorio.

—¿Qué cree que tiene? —preguntó mientras bajaban en el ascensor.

Raúl pulsó el botón de la planta baja.

—Lo que tenga esta noche. Mañana no tendrá nada.

—Porque no estará, ¿verdad?

El médico lo miró.

—¿Quién?

Las puertas del ascensor se abrieron. La luz del vestíbulo entró en la cabina y Raúl parpadeó, desconcertado.

—¿Por qué llevas una muestra vacía? —preguntó.

Andrés observó el tubo que sostenía. El recipiente estaba limpio.

Regresó a la sexta planta. La puerta gris continuaba allí. Raúl, al cruzar de nuevo el umbral del corredor, recordó de inmediato la analítica y lo reprendió por haber tardado tanto. No pareció advertir la contradicción.

El límite no coincidía exactamente con la noche, y tampoco con la planta. Había una zona alrededor de la habitación dentro de la cual el paciente existía y fuera de la cual parecía convertirse en una idea imposible de conservar. Aquella zona variaba. Algunas noches alcanzaba los ascensores. Otras se reducía hasta dejar a Clara perpleja en mitad de un cambio postural, incapaz de recordar a quién estaba tocando.

Andrés era la excepción.

Tal vez el hombre lo había elegido al mirarlo durante la primera noche. Quizá la memoria persistía porque él acababa de incorporarse al hospital y todavía no había aprendido a olvidar correctamente. También podía haber una razón menos halagüeña: que estuviera perdiendo el juicio.

La herida de la espalda aumentó.

Al retirar el apósito, Andrés descubrió que no había tejido necrótico. En el interior se veía una superficie lisa, gris y ligeramente curva. Parecía una pared.

Acercó el rostro.

Al otro lado se oyó un timbre.

Era el timbre de la habitación 617.

Andrés se apartó con brusquedad y casi dejó caer la bandeja.

—¿Qué pasa? —preguntó Clara.

—Hay algo dentro.

—Claro.

—No me refiero a carne.

Clara se inclinó sobre la herida. Durante unos segundos guardó silencio. Después introdujo la punta de una pinza.

En la 617, la mujer que esperaba a su hija gritó.

Clara retiró la pinza.

—Esta noche está sensible —dijo.

Colocó un apósito nuevo y pidió a Andrés que no volviera a tocar la lesión.

IV

La primera vez que el paciente pareció hacer algo benévolo, Andrés aceptó que se trataba de una coincidencia. Mas tras la segunda ocasión comenzó a rezar de nuevo.

Una mujer de cuarenta años había ingresado con una infección grave después de una operación sencilla. A medianoche su estado empeoró. Su tensión cayó, su fiebre aumentó y el equipo médico inició un tratamiento que no parecía que fuese a llegar a tiempo. Andrés la trasladó a la unidad de críticos mientras el marido caminaba detrás de la camilla, repitiendo que dos días antes habían estado cenando con normalidad en casa.

Al pasar junto a la puerta gris, la mujer abrió los ojos.

—Pare —dijo.

Andrés creyó que deliraba.

—Tenemos que llevarla a la UCI.

—Él está despierto.

La puerta se abrió sola.

La habitación estaba a oscuras, salvo por una luz débil sobre la cama. El paciente había girado la cabeza hacia el corredor. Por primera vez desde que Andrés lo conocía, parecía observar algo más allá de la persona situada frente a él.

La mujer extendió un brazo desde la camilla.

Sus dedos no llegaron a tocarlo.

Durante unos segundos, nada cambió. Después el monitor dejó de emitir la alarma. La tensión comenzó a subir. La fiebre descendió casi un grado en menos de un minuto.

Raúl miró la pantalla y ordenó que continuaran el traslado. Nadie mencionó lo ocurrido.

La mujer sobrevivió.

Al día siguiente, los médicos explicaron que el tratamiento había sido administrado a tiempo. En la historia clínica figuraban dos dosis de antibiótico que Andrés sabía que nunca se habían suministrado. Una enfermera recordaba haber preparado la medicación. Raúl afirmó que él mismo había ajustado el tratamiento horas antes del empeoramiento. Incluso el marido aseguró que su esposa llevaba varios días ingresada, aunque la noche anterior había insistido en que todavía cenaban juntos dos días antes.

La recuperación no había quebrado el curso de los acontecimientos, era como si hubiese corregido el pasado de algún modo.

Andrés consultó las fechas una y otra vez. La operación se había realizado una semana antes de lo que recordaba y los análisis mostraban una mejoría gradual. No quedaba rastro de la emergencia nocturna, salvo en su memoria y en el cuerpo del hombre de la habitación gris.

Aquella noche, el paciente tenía fiebre.

Su piel estaba cubierta por manchas violáceas. Una supuración espesa brotaba de la herida de la espalda. El pecho subía y bajaba con rapidez, agitado por la infección que había abandonado a la mujer.

—La ha curado —dijo Andrés.

Clara preparaba una compresa.

—Ha mejorado.

—La historia... ¿Ha cambiado?

—Las historias cambian.

—No de esta manera.

Clara lo miró con cansancio.

—¿De qué manera cambian, entonces?

Andrés no supo responder.

Se acercó a la cama y apoyó la mano sobre la frente del paciente. El contacto produjo una sensación de proximidad que nunca había experimentado durante la oración. Dios había sido hasta entonces una distancia, un fondo situado detrás de las cosas, acaso una inteligencia, acaso una promesa. Aquel cuerpo era otra cosa. Estaba enfermo y necesitaba que alguien le limpiara la sangre acumulada en la comisura de los labios. Si era Dios, la materia de la que estaba hecho no lo protegía de nada.

Andrés cerró los ojos.

Esta vez no pediría que se curase nadie, y tampoco quería una prueba que dilucidase sus dudas. Dijo en silencio las primeras palabras que le vinieron a la memoria, una oración infantil mal aprendida, y durante unos instantes sintió que el mundo adquiría una profundidad que había perdido hacía años.

La fiebre del paciente subió.

Andrés retiró la mano.

—Creo que rezar le hace daño.

Clara humedeció la compresa.

—Todo le hace daño.

A partir de aquella noche, Andrés comenzó a observar relaciones donde antes sólo encontraba sucesiones. Un vaso caía al suelo y, horas después, un hombre recibía una llamada que evitaba que tomase un autobús. Una mujer perdía una cita médica y el retraso permitía descubrir una

enfermedad en otra persona. Una ambulancia llegaba tarde, provocando una muerte que liberaba una cama para un paciente cuya vida dependía de ser ingresado en ese momento.

Al principio eran asociaciones débiles, posibilidades que cualquier mente fatigada podía construir. Después adquirieron una precisión insoportable. Andrés veía cómo los acontecimientos se enlazaban entre sí, cómo cada pérdida sostenía una ganancia y cada desgracia parecía alimentar una consecuencia remota. La materia dejó de presentársele como una extensión cerrada; tras los objetos adivinaba una trama que los utilizaba.

Aquella visión le proporcionó cierto alivio mezclado con un incipiente miedo.

Si todo cumplía alguna función, el sufrimiento encontraba al menos un lugar. La muerte dejaba de ser una interrupción absurda. Hasta los errores podían incorporarse a una arquitectura mayor. Andrés comprendió entonces por qué la fe resultaba imposible de abandonar. No se trataba únicamente del deseo de sobrevivir. La fe rescataba los hechos de su desnudez.

Su madre había muerto cuando él tenía catorce años. Su hermana Laura, dos años menor, se encontraba entonces ingresada en otro hospital después de un accidente de tráfico. La noche de la muerte, Andrés le dijo que su madre había ocupado su lugar; había entregado una vida para que Laura pudiera conservar la suya.

Se lo inventó porque su hermana lloraba y él no sabía qué decir.

Laura creyó aquella explicación y con los años la convirtió en una consigna familiar. Hablaba de la muerte de su madre como de un sacrificio, una forma terrible de amor que había dado sentido a su supervivencia. Estudió Medicina, trabajó durante un tiempo en urgencias y más tarde abandonó el hospital porque no soportaba comunicar fallecimientos. Cada aniversario visitaba la tumba de su madre y le daba las gracias.

Andrés nunca le confesó que había inventado la historia.

Durante mucho tiempo había considerado aquella mentira un consuelo inofensivo, pero empezaba a sospechar que las frases también podían adquirir cuerpo. Quizá nada comenzaba siendo verdad. Quizá la verdad surgía cuando suficientes vidas se apoyaban sobre una explicación y ya no podían retirarla sin derrumbarse.

Esa noche encontró en el pecho del paciente una cicatriz que nunca había visto.

Tenía la misma forma que la cicatriz de Laura después del accidente.

V

A las tres y diecisiete de la madrugada, todos los enfermos comenzaron a hablar.

Permanecían dormidos, tumbados, algunos sedados, otros inconscientes, y pronunciaron las palabras con voces distintas. El sonido surgió de las habitaciones de la sexta planta, descendió por los conductos de ventilación y llegó desde las plantas inferiores. Andrés escuchó también voces infantiles procedentes de Pediatría y murmullos apagados desde la unidad de cuidados intensivos.

La frase tardó varios segundos en completarse porque cada paciente decía una parte.

—Lo hicimos para no estar solos dentro de aquello que nadie podía compartir.

Clara continuó preparando la medicación. Natalia cambiaba una bolsa de suero. Ninguna reaccionó.

Andrés salió al corredor.

Las puertas estaban abiertas. En cada habitación, los pacientes hablaban desde el sueño.

—Cada uno trajo una pérdida —continuaron—. Una pregunta, una promesa, el nombre de alguien que no debía haber muerto. No éramos una sola cosa. Seguimos sin serlo. Sólo nuestras bocas coincidieron durante un instante.

Andrés recorrió el pasillo. El hombre de la 614, que había pasado toda la semana insultando al personal, movía los labios con suavidad.

—Pedimos que el dolor no terminara en sí mismo.

En la 615, las dos ancianas pronunciaron palabras alternas.

—Pedimos una razón que no dependiera de nosotros.

La mujer de la 617, que ya no esperaba a su hija porque había olvidado que tenía una, sonrió mientras dormía.

—Pedimos que alguien conservase aquello que nosotros perdíamos.

Andrés entró en la habitación gris.

El paciente tenía los ojos abiertos. Su cuerpo se había deteriorado durante las últimas horas. La piel del abdomen parecía demasiado fina y bajo ella se movían formas que no correspondían a órganos. La herida de la espalda se había extendido hasta el costado. En su interior aparecían breves fragmentos del hospital: una cama vacía, un pasillo, la luz de una máquina.

—¿Quiénes sois? —preguntó Andrés.

La respuesta llegó desde todas las plantas.

—Los que terminan.

—¿Qué es él?

Las voces callaron durante unos segundos.

—La parte de nosotros que no aceptó terminar.

Andrés se acercó a la cama.

—¿Es Dios?

El hombre de la 614 rio dormido. La risa pasó de una habitación a otra y descendió por las escaleras.

—Ese fue uno de sus nombres.

—¿Lo creamos nosotros?

—Lo necesitasteis antes de saber crear. El miedo encontró una forma y después aprendisteis a invocarla.

—¿Por qué está enfermo?

La respuesta surgió de la garganta del paciente con mayor lentitud, aunque sus labios no se movieron.

—Porque le entregasteis aquello que no podíais soportar.

Andrés contempló las manchas, las cicatrices, la respiración fatigada.

—Entonces carga con nuestro dolor.

—Carga con la exigencia de que el dolor signifique algo.

La diferencia le pareció pequeña al principio. Después comprendió que contenía todo el horror.

El paciente no absorbía únicamente el sufrimiento de los enfermos. Recibía las explicaciones con las que los vivos trataban de impedir que ese sufrimiento fuese inútil. Cada plegaria lo obligaba a mantener abierta una posibilidad y cada promesa añadía una consecuencia al mundo. Cada muerte que debía haber ocurrido por alguna razón se convertía en una deuda inscrita en su cuerpo.

—La mujer que sobrevivió —dijo Andrés—. Cambió su historia.

—Él no puede conceder aquello que la realidad niega. Sólo puede hacer que la realidad haya querido otra cosa.

—Eso es un milagro.

—Para vosotros.

El paciente volvió la cabeza hacia Andrés. La piel de su cuello se abrió ligeramente y mostró, en lugar de sangre, una oscuridad llena de movimientos diminutos.

—Para él es una corrección.

—¿Por qué no muere?

Esta vez las voces tardaron más en responder.

—Le disteis la eternidad porque temíais la vuestra.

Un gemido recorrió la planta. No pertenecía a ningún enfermo concreto.

—La eternidad, contemplada desde dentro, carece de gloria. Es la imposibilidad de concluir.

Andrés se sentó junto a la cama.

—¿Qué ocurriría si muriera?

—Aquello que habéis depositado en él regresaría sin respuesta.

—Las personas seguirían muriendo.

—Morirían sin que su muerte debiese conducir a otra cosa.

—Ya ocurre.

—Lo sabéis. Por eso lo necesitáis.

El coro de los durmientes guardó silencio. Durante unos instantes sólo se oyó el ruido habitual del hospital.

Clara entró en la habitación con una sábana limpia.

—Ayúdame a cambiarlo —dijo.

Parecía haber escuchado la conversación, pero su rostro no mostraba ninguna inquietud.

—¿Quiénes estaban hablando? —preguntó Andrés.

—Todo el mundo habla por la noche.

—Han dicho que lo creamos nosotros.

Clara retiró la sábana usada.

—Entonces será responsabilidad nuestra mantenerlo limpio.

A pesar de parecer una broma, Clara no sonreía.

Levantaron al paciente. Su cuerpo había aumentado de peso. Andrés sintió bajo la piel una multitud de pequeños movimientos, como si miles de dedos tantearan desde dentro buscando una salida.

Al girarlo, la herida de la espalda se abrió por completo. No había carne debajo.

Andrés vio la sexta planta desde una altura imposible. Las habitaciones se distribuían dentro del cuerpo del paciente, unidas por pasillos que se curvaban alrededor de órganos inexistentes. En cada cama dormía una persona. Entre unas habitaciones y otras se extendían filamentos oscuros por los que circulaban los recuerdos, las excusas, las oraciones y las frases pronunciadas junto a los muertos.

También vio la habitación en la que su hermana había estado ingresada.

Se vio a sí mismo sentado a los pies de la cama, catorce años, las manos todavía sucias porque nadie le había recordado que se las lavara. Laura preguntaba por su madre. Él se inclinaba y le decía que había muerto para salvarla.

La frase abandonaba su boca y entraba en la pared.

Desde allí viajaba hacia un lugar más profundo.

El paciente se estremeció.

La cicatriz del pecho se abrió.

—Lo siento —murmuró Andrés.

El coro volvió a hablar.

—No le pidas perdón.

—Le he hecho esto.

—Todos lo hicimos.

—Entonces todos somos culpables.

—La culpa es otra forma de colocaros en el centro.

Clara cubrió la herida con una sábana.

—Se enfría —dijo.

VI

Durante los días siguientes, Andrés empezó a perder la capacidad de percibir hechos aislados.

Todo parecía unido a otra cosa. Las conversaciones de los desconocidos respondían a preguntas que él había formulado horas antes. Los titulares de los periódicos prolongaban sueños remotos que había olvidado. Una mancha de humedad en su apartamento repetía la forma de la herida del paciente. Cuando una taza se rompió en la cafetería del hospital, Andrés supo que aquella rotura tendría una consecuencia, y esperó durante horas hasta que un familiar se cortó con uno de los fragmentos. El corte obligó a retrasar una conversación. El retraso impidió una despedida. La ausencia de despedida condicionaría un duelo.

No podía demostrar aquellas relaciones, pero tampoco podía dejar de verlas.

Comenzó a comprender que la fe y el conocimiento podían acabar pareciéndose demasiado. Ambos se volvían insoportables cuando no dejaban ningún resto fuera de su alcance. Donde el creyente veía voluntad, el racionalista veía causa. Andrés empezaba a ver ambas cosas fundidas en una misma necesidad.

Visitó la capilla del hospital durante una tarde. Era una sala pequeña, instalada junto a las máquinas expendedoras. Había cuatro bancos, un altar de madera clara y una imagen sin especial interés artístico. Un hombre dormía en la última fila, abrazado a una bolsa de plástico.

Andrés se sentó.

Intentó rezar, pero las palabras le parecieron instrumentos de tortura. Cada petición podía añadir una nueva herida al cuerpo del paciente. Pedir por Laura implicaba ofrecer otro cuerpo a la cadena de causas que sostenía su vida. Pedir por los enfermos significaba exigir que alguien o algo pagara por su alivio. Incluso agradecer parecía peligroso: todo agradecimiento presupone que el sufrimiento recibido o evitado formaba parte de una distribución deliberada.

Permaneció en silencio.

A los pocos minutos comprendió que el silencio tampoco era inocente. Esperaba algo de él. Lo convertía en una forma de escucha, y toda escucha dirigida a Dios continuaba manteniéndolo en su puesto.

El hombre de la última fila despertó, sobresaltado.

—¿Está ya la capilla cerrada? —preguntó.

—No.

—Entonces ¿por qué no entra nadie?

Andrés miró el altar.

—Tal vez ya estén todos dentro.

El hombre recogió su bolsa y se marchó sin responder.

Esa noche, el paciente se encontraba peor.

Las piernas habían perdido su forma, se prolongaban bajo la sábana de una extraña manera. La piel del rostro se movía con retraso respecto a los músculos. Cuando Andrés le levantó un párpado, vio reflejada una habitación que todavía no existía.

Clara le pidió que limpiara las heridas.

—Cada vez tiene más —dijo Andrés.

—Cada vez hay más pacientes.

—Siempre ha habido pacientes.

—También siempre ha estado él.

—¿Por qué nadie trata de curarlo?

Clara se rio.

—Porque entonces tendríamos que decidir qué parte está enferma.

Andrés retiró un apósito. Debajo encontró una boca pequeña, sin dientes, que respiraba a través de la piel. Volvió a cubrirla.

—Esto ya no es un cuerpo.

—Nunca lo ha sido del todo.

—¿Qué es, entonces?

Clara dobló la ropa sucia, pensando.

—Una forma de repartir la noche.

A las tres y diecisiete, los pacientes volvieron a hablar.

Esta vez sus voces estaban agitadas.

—Está lleno.

—¿De qué?

—De razones.

Las luces parpadearon. En varias habitaciones comenzaron a sonar alarmas.

—No puede sostenerlas todas.

El paciente arqueó la espalda. De las heridas surgió un líquido oscuro que se extendió por las sábanas sin llegar a mojarlas.

—¿Qué va a pasar? —preguntó Andrés.

—Empezará a devolverlas, a veces hace eso.

La primera devolución ocurrió en la 612.

Un hombre ingresado después de un accidente despertó gritando que ya comprendía. Había perdido una pierna, pero afirmaba que la amputación impediría que años más tarde atropellase a una niña. Nadie sabía cómo había adquirido aquella certeza. Describió la calle, la hora, el color del abrigo de la niña y la expresión que habría tenido al morir.

En la 615, una de las ancianas comenzó a llorar de felicidad. Su cáncer, explicó, había reconciliado a sus hijos. El hecho de que los hijos continuaran sin hablarse no alteraba su convicción. Sabía que lo harían junto al cadáver.

La mujer de la 617 recordó por fin a su hija. Recordó también que la hija no había ido a visitarla porque, si lo hacía, sufriría un accidente al regresar a casa. La mujer pidió que nadie la llamara.

Estaba dispuesta a morir sola para conservar la vida de alguien que quizá simplemente había decidido abandonarla.

En Urgencias, una pareja recibió la noticia de que su hijo había fallecido. Antes de que el médico terminara de hablar, ambos comprendieron que aquella muerte salvaría su matrimonio.

Las razones se extendieron por el hospital.

No se trataba de consuelos vagos, gozaban de una claridad perfecta. Cada enfermo veía la consecuencia exacta de su sufrimiento, el lugar que ocupaba dentro de una cadena más amplia. El dolor adquiría, así, una utilidad, y las muertes dejaban de caer en el vacío.

Y el hospital comenzó a llenarse de gratitud.

Algunos pacientes daban gracias entre lágrimas. Otros pedían perdón por haberse resistido. Los familiares abrazaban a los médicos. Una mujer besó la puerta de la UCI porque acababa de comprender que la agonía de su marido serviría para que su nieto eligiera una profesión distinta dentro de veinte años.

Andrés recorrió las habitaciones con una sensación creciente de horror.

Las explicaciones podían ser verdaderas, mas ahí residía el problema. El paciente estaba corrigiendo el mundo para hacerlas verdaderas. En algún lugar, una niña sería atropellada si el hombre conservaba la pierna. Dos hermanos se reconciliarían porque su madre había muerto. Una hija sufriría un accidente si acudía a despedirse. La realidad se plegaba alrededor del sufrimiento para impedir que fuese inútil.

Cada razón exigía nuevos hechos.

Cada hecho produciría nuevas heridas.

Regresó a la habitación gris.

El cuerpo del paciente se había abierto en varios puntos. Ya no era posible distinguir con claridad el torso de la cama. Las sábanas se introducían bajo la piel y salían por otras heridas. El colchón latía. La pared respiraba al mismo ritmo que él.

—Hay que detenerlo —dijo Andrés.

—No está haciendo nada —respondió Clara.

—Está cambiando el mundo.

—El mundo le pide que cambie.

—Pues tenemos que dejar de pedírselo.

Clara lo miró con una compasión que Andrés no le había visto mostrar hasta entonces.

—Empieza tú.

VII

El coro de los pacientes le preguntó qué muerte estaba dispuesto a dejar sin sentido.

Andrés pensó en desconocidos. En las decenas de cadáveres que había trasladado al depósito. En personas cuyos nombres ya no recordaba. Resultaba fácil concederles una muerte desnuda porque nunca habían formado parte de su vida.

—Una que sea tuya —dijeron las voces.

Pensó en su madre.

La vio en la cama, delgada, incapaz de levantar por sí misma el vaso de agua. Recordó sus últimos días, la respiración fatigada y el modo en que los adultos bajaban la voz al entrar en la habitación. Recordó también la cama de Laura y la historia que había inventado.

—Mi madre murió por una enfermedad —dijo.

El paciente se agitó.

—Eso es una causa —respondieron las voces—. No es lo mismo.

—Murió y Laura sobrevivió.

—Dos hechos.

—No hubo relación entre ellos.

La cicatriz del pecho comenzó a cerrarse. Durante unos segundos, Andrés creyó que lo estaba consiguiendo.

Después recordó a Laura dando las gracias ante la tumba.

Recordó su decisión de estudiar Medicina. Las noches que había pasado acompañando a desconocidos en Urgencias. Las conversaciones con pacientes que sólo aceptaban hablar con ella. Incluso su abandono del hospital procedía, en parte, de aquella historia. La mentira se había incorporado a su vida hasta el punto de que ya no era posible retirarla sin modificar todo lo ocurrido después.

—Si mi madre no murió para salvarla —dijo Andrés—, Laura ha vivido sobre una falsedad.

—Ha vivido.

—No sería quien es.

—Nadie es, pues, aquello que habría sido.

—La destruiría.

—Tal vez.

—No puedo decírselo.

—No te hemos pedido que se lo digas.

—Entonces ¿qué queréis?

—Que aceptes que su vida no demuestra nada acerca de la muerte de vuestra madre.

Andrés guardó silencio.

La frase era sencilla. Podía comprenderla. Incluso había creído en ella durante años. La muerte de su madre y la supervivencia de Laura no mantenían una relación secreta. Ninguna balanza había

intercambiado ambos cuerpos. Sin embargo, al intentar pronunciarlo, sintió que algo cedía bajo sus pies.

La materia volvía a cerrarse.

La cama era una cama. El cuerpo de su madre había sido un cuerpo enfermo. Laura había sobrevivido por una combinación de azar, cirugía y resistencia orgánica. La frase con que Andrés la consoló no conducía a ninguna profundidad. ¿Había sido únicamente una frase?

Aquella claridad resultaba más insoportable que la mentira.

—No puedo —murmuró.

El paciente abrió los ojos.

Las razones que circulaban por el hospital se detuvieron. Durante un instante, todos los enfermos quedaron en silencio.

La boca del hombre se movió.

Fue la primera vez que Andrés lo oyó hablar con una voz propia.

—¿Y yo? —preguntó.

La voz era débil, casi infantil.

Andrés se inclinó.

—¿Qué?

—¿Para qué estoy yo?

La pregunta permaneció entre ambos.

La entidad creada para garantizar que ninguna muerte resultara inútil no era garante ni conocedora de la utilidad de su propia existencia. Había recibido todos los sentidos y carecía de uno. Su sufrimiento sostenía la posibilidad de explicar el sufrimiento ajeno, pero ninguna instancia superior acudía a explicar el suyo.

Andrés comprendió que aquella carencia constituía la verdadera herida.

Dios no estaba hospitalizado a causa de una enfermedad. Su enfermedad consistía en ocupar para siempre el lugar donde debía existir una respuesta. Cada ser finito le entregaba una pregunta y esperaba que pudiera soportarla. Su eternidad era el tiempo necesario para contestar algo que carecía de contestación.

—No lo sé —dijo Andrés.

El cuerpo del paciente se contrajo.

—No lo sé —repitió.

Clara dejó caer la sábana.

Las luces se apagaron.

Durante unos segundos, el hospital quedó sumido en una oscuridad completa. Las máquinas siguieron funcionando, pero sus sonidos parecían llegar desde muy lejos. Andrés sintió que la

habitación se extendía alrededor de él, incorporando espacios distintos, habitaciones donde alguien había esperado una curación, dormitorios donde una familia había pedido que la muerte llegase pronto, carreteras en las que desconocidos prometían cambiar de vida si sobrevivían al accidente.

El cuerpo del paciente aparecía en todas ellas.

No era siempre un hombre. A veces apenas se distinguía una forma tendida. En otras ocasiones adoptaba la apariencia que alguien necesitaba. Anciano, niño, animal, sombra, luz, ausencia. Cada figura padecía un deterioro distinto y todas pertenecían al mismo ser.

Andrés vio un número incalculable de camas.

En cada una yacía Dios, dividido por las respuestas incompatibles que debía ofrecer. Para algunos era amor; para otros, justicia. Unos lo necesitaban indiferente para poder perdonarlo. Otros exigían que hubiese contemplado cada dolor y lo hubiese permitido por una razón. Cada atributo abría una herida y cada plegaria separaba una parte del cuerpo que, aun dividida, continuaba sintiendo el dolor de las demás.

La muerte habría sido una forma de clausura.

Y aquello carecía de límite.

El coro habló de nuevo, aunque ya no procedía únicamente de los enfermos.

Surgía de los familiares, de los trabajadores, de las personas que dormían en edificios cercanos, de quienes rezaban sin creer y de quienes negaban a Dios con el mismo fervor con que otros lo invocaban.

—Esto es lo que pedimos.

Andrés vio cómo las camas se multiplicaban.

—Una respuesta para cada herida.

Las figuras tendidas abrieron los ojos.

—Una eternidad para cada respuesta.

Todos los rostros miraron a Andrés.

—Y ninguna muerte que pudiera librarlo de nosotros.

VIII

Cuando regresó la luz, el paciente estaba solo.

La habitación había recuperado su tamaño habitual. Clara recogía las sábanas del suelo. Andrés permanecía junto a la cama, con las manos apoyadas en la barandilla.

—¿Lo has visto? —preguntó.

Clara dobló una sábana.

—Todas las noches.

—¿Y por la mañana?

—Por la mañana tengo que irme a casa, tengo cosas que hacer.

—Lo olvidarás.

—Seguramente.

—¿Cómo puedes seguir entrando aquí?

Clara miró al paciente.

—Porque está sucio, me pagan por limpiar.

Había algo obsceno en la sencillez de la respuesta.

Andrés llenó el vaso de agua.

Levantó con cuidado la cabeza del paciente y acercó el borde a su boca. El hombre bebió un sorbo. Parte del agua escapó por la comisura y descendió hasta el cuello.

—No sé para qué estás aquí —dijo Andrés—. Tampoco sé si eso te servirá de algo.

El paciente cerró los ojos.

Andrés limpió el agua con una gasa.

Poco antes del amanecer, las heridas comenzaron a cerrarse. El cuerpo recuperó sus límites. La fiebre descendió, la piel volvió a adquirir su palidez inicial y la habitación perdió lentamente consistencia. Clara salió para preparar el relevo.

Andrés permaneció junto a la cama hasta que el mural de los peces ocupó de nuevo la pared.

Su mano quedó apoyada sobre el yeso.

Al otro lado no se oía nada.

Durante el cambio de turno, Clara no recordaba la habitación. Natalia bromeó con que Andrés tenía aspecto de haber pasado la noche velando a Dios. Raúl revisó los informes y atribuyó las extrañas declaraciones de los pacientes a los efectos combinados de la fiebre y la medicación.

Las historias clínicas habían vuelto a cambiar.

El hombre amputado ya no recordaba a la niña. Las ancianas no hablaban de reconciliaciones. La mujer de la 617 preguntaba otra vez por su hija. Nadie conservaba las razones recibidas durante la noche.

Quedaban, sin embargo, algunas consecuencias.

La hija no fue a visitar a su madre porque el coche no arrancó. Los hermanos de una de las ancianas se encontraron junto a la cama y se abrazaron. La pareja que había perdido a su hijo decidió no separarse. El mundo había retenido los hechos y borrado la certeza que los unía.

Andrés terminó el turno y se dirigió a los vestuarios.

Antes de llegar, oyó llorar a alguien en una sala cercana. Una familia acababa de recibir la noticia de una muerte. El médico hablaba con voz baja. Andrés no distinguió toda la conversación, sólo una frase pronunciada por una mujer:

—Al menos habrá servido para algo.

En el mismo instante, la pared situada a su espalda inspiró.

Andrés se volvió.

No había ninguna puerta. Sólo el mural de los peces, iluminado por la claridad de la mañana. El pez de rostro humano continuaba atravesado por la grieta.

Andrés apoyó la palma sobre el yeso.

Al principio sintió la superficie fría. Después percibió una tibieza profunda, seguida por un movimiento lento y húmedo. Bajo la pared había piel. Se extendía más allá del corredor, por debajo de las habitaciones, los quirófanos y las salas de espera. Continuaba bajo las calles que rodeaban el hospital y alcanzaba las casas donde alguien acababa de pedir que una muerte tuviera sentido.

Comprendió que la habitación nunca había ocupado un lugar concreto.

El hospital sólo permitía verla durante unas horas.

La mujer volvió a llorar. El médico dijo algo acerca de la donación de órganos. La familia encontró en aquellas palabras un alivio pequeño y necesario.

Bajo la mano de Andrés, el cuerpo inmenso recibió una nueva herida.

La pared exhaló.